Serie Tiempo de Buscar

ORA CON CONFIANZA

Cómo vencer la desilusión en la oración



David Egner

ORA CON CONFIANZA

Cómo vencer la desilusión en la oración

CONTENIDO

El problema de la oración 2

Volvamos a lo básico 6

Acércate a Dios a través de un Mediador 6

Bien puedes presentar tus quejas a Dios 9

Conversa en vez de hablar 18

Da prioridad a la perspectiva de Dios 22

Espera disfrutando a Dios 26

Cómo orar a través de la Biblia 29

Tu próxima oración 32

La desilusión hace que las oraciones se conviertan en silencio. Puede ser difícil orar cuando uno está amargado y airado con personas que uno cree le están arruinando la vida. Puede ser incluso más difícil cuando uno siente que el mismo Dios le ha defraudado.

Dios comprende lo que sentimos. No obstante, ha abierto el camino para que nos acerquemos con confianza a su trono de gracia. En las páginas siguientes, David Egner ofrece ayuda para aquellos que han perdido la confianza en Dios y en su propia capacidad de atraer la atención de Él en la oración.

Martin DeHaan

Título del original: *Praying With Confidence*
Foto de cubierta: Terry Bidgood
ISBN: 978-1-58424-029-7
SPANISH

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.
© 1997,2009 Ministerios Nuestro Pan Diario. Todos los derechos reservados.

Impreso en EE.UU

EL PROBLEMA DE LA ORACIÓN

Me encontraba sentado frente a un grupo de adultos solteros que se había reunido para hacer un estudio sobre la oración. Les entregué una hoja de papel que comenzaba con esta afirmación: «Cuando de la oración se trata, yo _____». Tenían que llenar el espacio en blanco.

¿Cómo contestarías tú? Antes de que prosigamos, podría ser útil que lo hicieses. Completa esta aseveración:

«Cuando de la oración se trata, yo _____ _____».

Cuando tabulé lo que el grupo había escrito, los resultados cayeron en las siguientes categorías:

- «No oro lo suficiente».
- «No sé por qué orar».
- «No sé si la oración sirve de algo».

He descubierto que esas respuestas son comunes. Aunque algunas personas hablan con entusiasmo de la facilidad con la que entablan y terminan una conversación con Dios, hay otras que ven la oración como una lucha que a veces se gana, pero que muchas veces se pierde.

Es comprensible que la oración no siempre sea fácil. Si se comprende correctamente, no es una simple emoción dirigida a Dios, sino también una expresión de fe que a menudo es débil y poca. Es un arma de guerra espiritual que se usa para pelear por un terreno disputado. Es un reflejo de una relación con Dios que muchas veces se interrumpe y se hace tirante por nuestra propia ignorancia, falta de atención e insensibilidad. Es una expresión de confianza en Dios que muchas veces es sustituida por la desilusión.

En los primeros años de nuestro andar cristiano,

oramos con muchas expectativas. Suponemos que Dios cumplirá los más profundos deseos de nuestro corazón y que por medio de la oración, experimentaremos la cercanía y la felicidad que anhelamos. Creemos que con nuestra confianza en Dios superaremos cualquier problema.

Entonces pedimos a Dios algo importante para nosotros y no lo obtenemos. Les aseguramos a nuestros amigos enfermos que estamos orando por su recuperación, pero no se mejoran. Oramos en presencia de nuestra familia por la solución a problemas que les afectan, y nos quedamos esperando meses enteros mientras Dios parece ignorarnos. Suplicamos fervientemente y a menudo por la restauración espiritual de nuestros seres queridos, pero ellos siguen fríos hacia Dios.

Lentamente llega la desilusión. Perdemos nuestro entusiasmo por la oración. Al poco tiempo nos encontramos orando sólo por las comidas. Pasamos por una fase en la que realmente no llevamos nada al Señor que de verdad nos importe porque no soportaríamos otro rechazo. Dejamos de comunicarnos con Dios.

Piensa por un momento en tu vida de oración. Si has dejado de crecer en la oración, ¿se debe a una honesta desilusión?

- **Desilusión con Dios** «Oré y creí que Dios iba a sanar a mi hija, pero perdió la batalla contra el cáncer de todas formas. Estoy destrozada y confundida».
- **Desilusión con otros** «Me cuesta mucho trabajo orar cuando estoy tan enojado con personas que están arruinando mi vida».
- **Desilusión con nosotros mismos** «Siempre he querido orar, lo he anhelado, he tenido

la mejor intención.
Pero nunca encuentro
el momento».

Se necesita fe y valor para restaurar una relación humana que se ha roto. Lo mismo sucede en nuestra relación con Dios. El primer paso es admitir el problema. Luego debemos superar la desilusión y recobrar nuestra confianza en Dios. El resto de este librito está escrito para contribuir a la edificación de esa confianza.

Pero antes de seguir, permíteme hablarte personalmente por un momento. Tengo una buena idea de lo que significa desilusionarse con los altibajos de la vida. A veces las experiencias más perturbadoras han estado relacionadas con lo que Dios ha permitido en las vidas de personas muy queridas para mí. Una de esas experiencias fue la salud de un nieto al que quiero mucho. Natán nació con una deficiencia inmunológica. Su cuerpecito no tenía mecanismo para luchar contra la enfermedad. En los primeros años de su vida, contemplamos, sin poder hacer nada, cómo luchaba con una serie de infecciones en las vías respiratorias. Dios no parecía estar contestando a nuestras súplicas. Las hospitalizaciones eran frecuentes.

Como familia estábamos aterrados. ¿Seríamos capaces de confiar en Dios incluso si no contestaba nuestras oraciones por aquel pequeño al que queríamos tanto?

Los médicos nos informaron que el sistema inmunológico «entra en acción» en el 60% de estos niños alrededor de la edad de tres años. A pesar de que esa información nos dio un poco de esperanza, también nos dejó con el dato de que 40% de los niños no desarrollan defensas contra la infección. Una y otra vez miré el indefenso cuerpecito y oré.

Al principio me consumían los incógnitas sobre Natán. A medida que pasó el tiempo, el énfasis de mi oración cambió. Ya no estaba absorto en el dolor que sentía. Me di cuenta de que usaba menos y menos palabras. Luché, muchas veces en silencio, por la recuperación de Natán. Con el tiempo lo único que decía era: «Dios, haz lo mejor. Sólo Tú sabes, y yo confío en Ti y en Tu bondad. Mi mayor deseo es que lo sanes mas hágase Tu voluntad».

Para cuando Natán cumplió tres años aproximadamente, comenzó a tener menos y menos infecciones. Entonces recibimos los resultados de las pruebas: Dios en Su misericordia permitió que Natán estuviese entre el 60% que supera las deficiencias inmunológicas.

A través de circunstancias tan incontrolables de la vida, he aprendido a confiar en Dios en la escuela de la oración. A veces he dado gracias por los «Sí». Otras veces he visto la sabiduría de un «No». Y otras he aprendido a disfrutar a Dios en el proceso de esperar su respuesta.

No obstante, todavía noto que caigo en el desaliento de las circunstancias. Me doy cuenta de que anhelo la clase de poder que me daría un control como el de Elías sobre las condiciones físicas (Santiago 5:16-18). Sin embargo, lo que he aprendido con el tiempo es que la verdadera confianza en la oración no se encuentra proyectando mis deseos en Dios. Más bien he hallado confianza al aprender algunos principios simples y a la vez profundos sobre la oración. Esos principios no dependen de nuestra capacidad de ser elocuentes o espiritualmente profundos, sino que tienen características elementales que se aprenden en la escuela de oración de nuestro Señor.

VOLVAMOS A LO BÁSICO

ACÉRCATE A DIOS A TRAVÉS DE UN MEDIADOR

La mediación fue idea de Dios. Sabía que nos era difícil confiar en Él, pero no podía ignorar lo que estábamos haciendo. Por tanto, Dios ofreció la medicación. Para resolver las diferencias que había entre nosotros, envió a Uno que podía entender y solidarizarse con nuestra condición al tiempo que representaba los intereses del cielo.

Este Mediador se identificó tanto con nosotros y se involucró tanto en nuestros problemas que terminó clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Marcos 15:34). No obstante, tres días después de ese indescriptible momento, se hizo evidente que el Mediador había triunfado. Por medio de Su gran sacrificio, nuestro Mediador había quitado la barrera que había roto nuestra relación con Dios.

Seguiríamos pecando y cegados por nuestros propios deseos y obstinado orgullo. Seguiríamos llenos de arrepentimiento y confundidos respecto a lo que Dios estaba haciendo en nuestras vidas. Pero nunca jamás tendríamos una razón para dudar del amor del Padre por nosotros. Nunca más se argumentaría persuasivamente que el Padre no se interesaba en nosotros, que no se conmovía con nuestros problemas, ni que nos había dejado morir en nuestras circunstancias. Nunca más tendríamos que acercarnos a Dios en oración sin la seguridad de que Él deseaba hablar con nosotros mucho más de lo que deseábamos nosotros hablar con Él.

Sin esta obra mediadora, podríamos habernos preguntado si Dios escuchaba

siquiera cuando orábamos. Podríamos asumir, en base de nuestras circunstancias, que a Dios no le importaba. Sin embargo hoy, el recuerdo de lo que sucedió en la cruz del Mediador puede restaurar la confianza en nosotros siempre que nos acerquemos a Dios en oración. Hoy podemos animarnos porque no tenemos que acercarnos a Dios en nuestra propia manchada reputación. No nos acercamos a Él con palabras que escogemos cuidadosamente, sino por los méritos de Aquel que pagó por todos nuestros pecados con Su propia sangre. Nos acercamos a Dios en el nombre y los intereses de Su propio y amado Hijo Jesucristo.

Confianza en un sacrificio pasado. Dios siempre deseó esa manera de acercarnos a Él. Mucho antes de que llegase nuestro Mediador, el diseño de dicho acercamiento fue ilustrado en la adoración en el tabernáculo y el templo de Israel. Por siglos Dios dijo claramente que Su pueblo debía acercarse a Él en base de un sacrificio de sangre. Pero no fue hasta la venida y sufrimiento de Cristo que vimos que esos sacrificios ilustraban el violento sufrimiento y la muerte del propio Hijo de Dios.

En el mismo templo, en un lugar que significaba la presencia del mismo Dios, había un altar de incienso. El incienso quemado, por su fragancia y movimiento ascendente, simbolizaba las oraciones que agradan a Dios. Es significativo que este incienso se encendiera con un carbón del altar del sacrificio (Éxodo 30:7-10). Para Dios, existe un claro vínculo entre el sacrificio y las oraciones a través de las cuales nos acercamos a Él.

Ese vínculo entre el sacrificio y la oración es lo que nuestro Mediador logró para nosotros. Ofreció un

sacrificio aceptable a Dios y luego nos exhortó a que entrásemos en la presencia de Dios en Su propio nombre. De esta base para nuestra confianza escribió el autor de Hebreos:

> *Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:14-16).*

En este pasaje se describe estar en la presencia de Dios como estar en una sala del trono. En Europa y el Medio Oriente, las salas de los tronos de los reyes estaban decoradas florida y elaboradamente, y estaban llenas de servidores. La gente común se sentía inferior e intimidada, los mismos sentimientos que podríamos experimentar nosotros cuando nos acercamos a Dios en oración. Pero a través de la mediación y comprensión de Cristo, podemos entrar confiadamente en la presencia de Dios sin sentirnos intrusos no deseados. Vamos en el nombre y en los méritos del Hijo de Dios, y eso nos da acceso al Padre en cualquier momento. Tenemos una invitación sellada con el sello real a orar en cualquier momento, bajo cualquier circunstancia, e independientemente de nuestra situación o necesidades, porque es un «trono de gracia». La gracia es bondad y ayuda inmerecidas. Es la clase de ayuda que nuestro Mediador ha obtenido para nosotros.

Confianza en un abogado actual. ¡Eso no es todo! Podemos acercarnos al «trono de la gracia» con confianza en nuestro Mediador porque Su obra por nosotros continúa. Incluso ahora está sentado a la derecha de Dios intercediendo por nosotros (Romanos 8:34). Por los méritos de Su sacrificio, el Señor Jesús es nuestro Intercesor. Está con el Padre en la sala del trono hablando por nosotros. El apóstol Juan lo expresó así:

> *…si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación [sacrificio expiatorio] por nuestros pecados… (1 Juan 2:1,2).*

¿Por qué no somos totalmente sinceros? ¿Cómo es posible que vacilemos o que nos sintamos indignos de orar cuando Jesucristo mismo, en base de Su sacrificio, está ahora mismo con el Padre intercediendo por nosotros?

BIEN PUEDES PRESENTAR TUS QUEJAS A DIOS

A Dios le encanta la conversación honesta. El realismo es intrínseco al propio carácter de Dios. Dios aborrece la oscuridad y el engaño. La oscuridad es dominio de Su enemigo. Por tanto, la segunda cosa que es esencial para tener confianza en la oración es aprender a ser honestos acerca de lo que hay en nuestros corazones. Dios puede manejar nuestras quejas, nuestra necedad, nuestros temores y nuestros fracasos. No se va a sorprender ni a sentir amenazado por nuestra ira, confusión ni súplicas infantiles.

Lo que no agrada a Dios son las mentiras baratas del halago, la alabanza ritual, las palabras hipócritas que se repiten una y otra

vez sin tener en cuenta lo que verdaderamente está pasando en nuestra propia alma. Tenemos que dejar de encubrir las cosas por temor y deshacernos de nuestro sofisticado engaño y lenguaje formal en la oración por suficiente tiempo como para echar los cimientos de la verdad.

Las oraciones llenas de mentiras civilizadas son tanto inaceptables para Dios como incapaces de reflejar lo que hay en nuestros corazones. Es por eso que, para poder entrar en la sala del trono y comenzar a orar con confianza, hemos de aprender a decir la verdad cuando oramos. Para hacerlo, tenemos que pasar tiempo autoexaminándonos y confesando nuestros pecados. Es preciso que digamos a Dios lo que sentimos realmente acerca de Él, de nosotros mismos, de nuestros problemas con la gente, de nuestras necesidades, frustraciones, deseos y recuerdos dolorosos. También hemos de ser honestos acerca de nuestro deseo de que su voluntad sea la nuestra. Si no queremos hacer Su voluntad, también hay que sacarlo a relucir para poder pedir al mismo Dios que nos ayude a superar nuestra rebeldía y necedad.

Confianza en la capacidad de Dios de ayudarnos a entendernos a nosotros mismos. Cuando deseamos saber la verdad acerca de nosotros mismos, el Señor que conoce nuestros corazones nos ayudará a ver lo que sucede en nuestro interior. El salmista escribió: «Oh, Jehová, tú me has examinado y conocido» (Salmo 139:1). David le dijo a Salomón: «…porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos…» (1 Crónicas 28:9).

La oración de autoexamen, cuando se combina con las

Escrituras, nos permite ver lo que realmente sucede en nuestro interior. La Biblia nos muestra nuestros más profundos sentimientos y verdaderas motivaciones. Nos lleva por rincones y recovecos donde ocultamos viejos rencores, odios secretos y amargos resentimientos. Por medio de la oración honesta podemos sacar estas cosas a la superficie, verlas como son realmente, y pedir a Dios ayuda para lidiar con ellas.

De una cosa podemos estar seguros: si pedimos a Dios que nos muestre nuestro corazón, lo hará. Tal vez no inmediatamente, pero con el tiempo y en Su propia forma, el Señor correrá las cortinas de la negación y la represión y nos mostrará cómo somos. Además, nos cuidará muy bien mientras lo hace.

- Podría traernos a la memoria una vieja herida para que lidiemos con ella y la olvidemos.
- Podría recordarnos una promesa que no hemos cumplido o una deuda que no hemos pagado.
- Podría permitir que sintiésemos el dolor que causamos a otra persona, quizás muchos años atrás, y pedirnos que lo enmendemos.
- Podría dirigirnos a aclarar algún malentendido o a perdonar a alguien.

Conocer el corazón es un don maravilloso y liberador, y se obtiene al ser honestos con el Señor en oración.

Un autoexamen también podría revelar las bendiciones positivas de nuestra vida. Dios está obrando con nosotros y haciendo cosas por nosotros todo el tiempo. Nos muestra su bondad, nos llena de gracia, nos ayuda a crecer a través de la adversidad, nos sostiene en las circunstancias difíciles, nos proporciona maneras de escapar de la tentación,

y nos otorga su paz. Sin embargo, cuando nos enredamos en los detalles de la vida y nos distraemos con sus responsabilidades, a veces olvidamos estas cosas.

Confianza en la disposición de Dios de perdonar un corazón honesto. Era el final de la novena entrada y el juego estaba empatado. El equipo contrario tenía las bases llenas y había dos *outs*. La pelota rebotó en el suelo con fuerza un poco a la derecha del novato campista. Le dio en el guante pero él no la atrapó. Su equipo perdió el juego. El pelotero había hecho bien esa jugada miles de veces antes, pero no ese día.

El jugador pudo haber hecho lo que hacemos muchos de nosotros. Pudo haber dicho que la pelota golpeó una piedra y rebotó mal, o haber culpado al sol o al césped mojado. Pero no lo hizo. «Lo eché a perder —dijo después del juego—. Asumo la responsabilidad. Es mi culpa».

Necesitamos tener esa actitud con Dios. Cuando el Señor nos convence de pecado, tenemos que apropiarnos de él, confesarlo y luego creer en la disposición de Dios de perdonarnos.

¿Recuerdas la historia de David y Natán? Corrompido por el poder, David dejó la guerra en manos de sus generales y se quedó en casa. Contempló lujuriosamente a Betsabé mientras ella se bañaba, la hizo llevar a su palacio, cometió adulterio, y luego mandó matar a su marido para cubrir su pecado. Parecía que se iba a salir con la suya, hasta que fue confrontado por Natán, el profeta, con aquellas innegables palabras de condena: «Tú eres aquel hombre» (2 Samuel 12:7).

Finalmente, después de muchos días y probablemente meses de vivir en una tiniebla que él

mismo se impuso, David reconoció su pecado. Su conmovedora oración de arrepentimiento se registra en el Salmo 51: «Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado…» (vv.3,4). David suplicó ser restaurado al gozo que tenía antes y su oración fue contestada con el perdón de Dios. La Biblia, el Espíritu Santo y el pueblo de Dios son los Natanes de hoy.

Para que estés bien inmediatamente, di de corazón la verdad de lo que has hecho mal.

Vivimos en un mundo donde la gente tiene el corazón endurecido y las conciencias insensibilizadas. Los abogados son capaces de argumentar casos con mucha habilidad y aparente sensibilidad, incluso cuando saben que el acusado es culpable. Las sentencias por crímenes horribles se reciben sin la más mínima señal de culpa o remordimiento. Somos expertos en negar, racionalizar y encontrar alguien a quien culpar.

¿Cómo podemos ablandar nuestros corazones? Estamos tan acostumbrados a la frialdad. ¿Cómo logramos tener un «corazón contrito y humillado» (Salmo 51:7) que sea siempre acepto delante de Dios? Pídelo. «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio —debemos suplicar—, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (v.10). Dios va a honrar esa oración, Él nos da la espalda cuando pedimos: «Sé propicio a mí, pecador» (Lucas 18:13).

Confianza en la capacidad de Dios para manejar nuestras quejas. Nuestras relaciones humanas se obstruyen

por los desacuerdos, las luchas y los conflictos. Si no hay conflictos, es porque alguien los está negando y posponiendo una confrontación. Los amigos y las parejas hablan abiertamente de sus sentimientos negativos y tratan de resolver sus diferencias. Eso también debería suceder en nuestra relación con Dios. Somos libres de disentir, preguntar y hasta de argumentar respetuosa y reverentemente con Él en oración.

El rabí Joseph Telushkin se refiere a la necesidad de tener confrontaciones honestas con Dios como un legado del pueblo judío. En su libro *Jewish Literacy* escribe:

> [El] primer ejemplo de un ser humano que argumenta con Dios se convierte en una característica de la Biblia hebrea y del judaísmo en general. Cientos de años después de Abraham, el salmista clamó a Dios en ira y angustia: «Despierta; ¿por qué duermes, Señor? […] ¿Por qué escondes tu rostro, y te olvidas de nuestra aflicción, y de la opresión nuestra?» (Salmo 44:23,24; véanse Habacuc 1:2 y todo el libro de Job para otros ejemplos de profetas u hombres justos que cuestionan los caminos de Dios). La disposición de confrontar al Todopoderoso deriva de la creencia de que Dios, como el hombre, tiene responsabilidades y merece crítica cuando no las cumple. Eli Wiesel, un judío de esta tradición, ha dicho: «El judío puede amar a Dios o puede pelear con Dios, pero no puede ignorarlo.

Esa parece haber sido la actitud de Abraham. Dios estaba a punto de destruir la malvada ciudad de Sodoma. Abraham intercedió ante Dios y le pidió que

perdonase la ciudad si hallaba cincuenta justos en ella. No los había. Así, paso a paso Abraham suplicó a Dios que redujese el número a diez. Pero al no haber ni siquiera diez, Sodoma fue destruida (Génesis 18:23-33).

Moisés también estuvo en desacuerdo con Dios. El Señor había hecho milagro tras milagro para liberar a Israel de la esclavitud egipcia y proveer para ellos en el desierto. Sin embargo, mientras Moisés estaba en las alturas del monte Sinaí recibiendo la Ley de manos de Dios, sus compatriotas estaban preparándose para abandonar a Aquel que los había liberado de Egipto. En violación de los primeros mandamientos que Dios había dado a Moisés, hicieron un ídolo de oro y lo usaron como excusa para abandonarse en los placeres sexuales de la adoración pagana a la fertilidad. «Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma…» —dijo Dios a Moisés (Éxodo 32:10). Dios hasta dijo que comenzaría de nuevo y haría de Moisés una gran nación.

Moisés no quería ceder. Suplicó a Dios que perdonase a Israel: «¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepiéntete de este mal contra tu pueblo» (v.12). Dios se aplacó, y los judíos fueron perdonados (v.14).

Abraham y Moisés son buenos ejemplos. Nosotros también podemos aclarar malentendidos con Dios. Sin dejar de temerle ni de reverenciarle, podemos:

- Decirle que creemos que está esperando demasiado para salvar a nuestros seres queridos.
- Expresar nuestra ira y desilusión porque murió nuestro hijo.

- Expresarle nuestra frustración porque no hemos encontrado empleo.
- Clamar a Él a causa de nuestra esterilidad.

Esas quejas no amenazan a Dios. Él sabe que nunca encontraremos debilidad moral en Él. Dios nos exhorta a que seamos honestos con Él para que podamos descubrir los pensamientos y sentimientos que hay en nuestros corazones. Una vez que los sacamos a la luz, podemos pedir a Dios que nos ayude a lidiar con ellos.

¿Por qué dudamos tanto para ser honestos con Dios? Tal vez somos la clase de personas que evita el conflicto a toda costa, de los que ni siquiera hablan a sus seres queridos o amigos de sus sentimientos negativos. O podría ser que pensemos que es falta de fe desafiar a Dios.

Muchos de nosotros hemos aceptado la idea de la sociedad de que la lucha y el amor no van juntos. Asumimos que una relación es buena sólo si hay paz y armonía en ella. Pero el hecho es que luchamos en nuestras relaciones precisamente porque amamos. Y encontrar el valor para luchar, correr riesgos y confrontar es lo que fortalece y profundiza toda relación. Lo mismo sucede en nuestra relación con Dios. Al igual que Jacob en Peniel, nosotros también luchamos con Dios de vez en cuando. Eso puede traernos Su bendición (Génesis 32:24-32).

Confianza en lo que Dios quiere para nosotros. La meta del creyente en Cristo es llegar a ser uno (en corazón y mente) con Dios. Cuando nos acercamos a Él en oración, hemos de ser honestos con nosotros mismos acerca de si nuestros deseos son Sus deseos, si nuestra voluntad es Su voluntad, si

nuestras peticiones son Sus peticiones.

¿Cómo se crece en esta «unidad» con Dios? Es cierto que nunca podremos compartir Su completo conocimiento de todas las cosas. No obstante, al orar por las necesidades diarias de la vida, por nuestro cónyuge, hijos y amigos, o por sanación, empleo o guía, podemos hacerlo con la misma actitud de corazón que Jesús tenía en mente cuando enseñó a Sus discípulos a orar: «Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10).

Él mismo expresó esa actitud unas horas antes de su muerte. Concluyó una agonizante sesión de oración en Getsemaní —un momento en el que hasta pidió al Padre que le permitiese evitar la cruz— con estas palabras: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42). Esa rendición, después de una intensa y honesta batalla, lo mantuvo en un espíritu de unidad con Su Padre.

Puede que tengamos preguntas respecto a lo que significa: «Hágase tu voluntad». ¿Significa eso que secretamente estamos desistiendo de aquello que acabamos de pedir? ¿No estaremos diciendo que ofrecimos nuestra oración sin la verdadera convicción de que era correcta y que Dios debía contestarla? ¿No somos falsamente humildes al tratar de no molestar a Dios con nuestros pequeños deseos? ¿No estaremos diciendo: «Está bien. Comprendo», si Él no concede nuestras peticiones? Si es así, ¡estamos completamente equivocados!

> Helmut Thielicke escribió: «Eso es exactamente lo que las palabras "hágase Tu voluntad" no significan. Significan: "Tú entiendes mi oración

mejor que yo (Romanos 8:26). Tú sabes mejor que nadie si necesito hambre o alimento. Pase lo que pase diré: 'Sí, amado Señor' (Mateo 15:27). Yo sé que en todo, no importa lo que sea, Tú me llenas, más allá de lo que pueda pedir o comprender"».

Cuando decimos «hágase tu voluntad», estamos optando por ser uno con Dios. Le estamos diciendo lo que Jesús dijo a Sus discípulos: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra» (Juan 4:34). Además, nos hacemos eco de la oración que hizo el Señor en Getsemaní. Independientemente de que nos dé pan, empleo, cónyuge o hijos, Su voluntad siempre será la mejor.

Sin embargo, nunca descubriremos la confianza de ser uno con Dios si primero no hemos sido honestos acerca de nuestros pensamientos y emociones. La integridad de alma es básica para superar la desilusión con Dios y desarrollar la confianza en la oración.

CONVERSA EN VEZ DE HABLAR

Un obstáculo común para orar con confianza es la sensación de que nadie escucha. Nos sentimos como la esposa que trata de hablar con su esposo mientras él lee la página de los deportes del periódico, o el padre que habla a sus hijos adolescentes mientras estos escuchan música. No hay respuesta, ni comentarios, ni siquiera un ocasional «ah hah».

Cuando esto pasa, comenzamos a ver la oración como nada más que un ritual. Hemos perdido de vista la verdad de que Dios está profundamente interesado en nosotros y escucha intensamente cada palabra de nuestras oraciones. El propósito de

la oración es crear una viva interacción entre nosotros y un Ser viviente, amoroso, con quien tenemos una relación íntima y creciente. «Casi hemos olvidado —escribió A. W. Tozer en *La búsqueda de Dios*— que Dios es una persona, y que como tal, puede cultivar [una relación] como cualquier otra persona». Cuando nos parece que Dios no está escuchando, necesitamos centrarnos en dos aspectos vitales de la oración.

Confianza para escuchar a Dios. La oración no es meramente lo que decimos a Dios. Es responder reflexivamente en lo que Él ya nos ha dicho y lo que nos dice constantemente a través de Su Palabra. Por esta razón, la Biblia es una parte importante de nuestra continua conversación con el Señor.

Una manera de llevar una conversación con Dios es abrir las Escrituras en un salmo o párrafo de las epístolas. Lee en actitud de reflexión para que descubras lo que el texto te está diciendo a ti acerca de los pensamientos y valores de Dios. Observa con atención y reverencia la mente de Aquel que inspiró esas palabras. Pídele que te ayude a descubrir los intereses y deseos de su corazón. Luego, responde de corazón en forma de conversación a lo que estás oyendo. Cuando lo hagas, comenzarás a desarrollar la confianza de saber lo que es importante para Dios y a descubrir lo que Dios está haciendo en tu propio corazón.

Por ejemplo, cuando un esposo ora en respuesta a las palabras de 1 Corintios 13, sabrá qué piensa Dios acerca del amor y aplicará ese conocimiento a su relación con su esposa. Tal vez las palabras *el amor es sufrido* le hablen de la impaciencia con que ha tratado a su esposa. Esto, a su vez, debería

llevarlo a aceptar de buena gana que tiene que cambiar su actitud y conducta.

Es difícil escuchar a Dios cuando nosotros somos los únicos que hablamos.

François Fenelon escribió: «Calla y escucha a Dios. Deja que tu corazón se halle en tal estado de preparación que su Espíritu te permita comprender con claridad las virtudes que le agraden. Esa ausencia de afecto exterior y terrenal, y de pensamientos humanos en nuestro interior es esencial si hemos de escuchar esa voz».

No será una voz audible, pero sabrás que es la voz del Espíritu cuando lo escuches aplicar las verdades de la Escritura con suavidad, amor y fuerza a las circunstancias y preocupaciones de tu vida.

Una noche, cuando Natán, mi nieto, se encontraba sumamente enfermo, desperté y me puse a orar por él. Permanecí en actitud de oración, en silencio delante del Señor. De pronto me di cuenta de cierta insensibilidad en particular de parte mía hacia las necesidades de Shirley, mi esposa. Vi cómo mis actitudes no estaban de acuerdo con las palabras ni el corazón de Dios. Reconocí una necesidad en su vida que durante años no había visto. Pedí perdón y ayuda a Dios. Al día siguiente comencé a hacer los cambios debidos en mi conducta hacia ella. ¡Qué distintas son las cosas ahora! Estoy convencido de que esta es la forma en que Dios nos habla cuando guardamos silencio ante Él.

Confianza para responder a Dios. Escuchar a Dios nos hará actuar y hablar. Las palabras son sólo el comienzo. Por

ejemplo, si leemos 1 Corintios 15, exaltaremos al Señor por la gran victoria de la resurrección y la esperanza que conlleva. Sin embargo, nuestra respuesta tendrá un mayor alcance. Nos dará mayor confianza al enfrentar un enemigo espiritual ya derrotado. Nos dará las palabras que necesitamos comunicar a alguien que está desahuciado. Nos dará el poder para enfrentar los problemas diarios de la vida. Puede que nos haga abandonar alguna actitud o hábito pecaminoso.

Cuando oramos debemos estar listos para actuar. Mientras más profunda sea la oración en las Escrituras, en la mente de Dios, más radical podría ser la acción. Podría llevarnos a la sala de alguien a compartir una pesada carga. Podría llevarnos al pasado para lidiar con alguna herida no sanada que hayamos recibido o infligido. Podría cambiar nuestros planes drásticamente; podríamos terminar en algún lugar extraño haciendo cosas que nunca pensamos que haríamos ni que podríamos hacer. Esto se debe a que nuestra oración es a Dios, y Dios no es un Ser plácido e inerte. Es el Dios viviente que irrumpe en nuestras vidas con Su sobrecogedor poder y nos cambia dramática e impredeciblemente cuando le respondemos. Pero también podría dejarnos en el mismo sitio. Eso es válido. ¡Él es Dios!

Cuando nos inclinamos ante Dios con nuestras necesidades y peticiones, creemos que somos los iniciadores. Sin embargo, puede ser que toda oración sea una respuesta a Dios. Eso fue lo que enseñó el noruego Ole Hallesby en su libro clásico titulado *Prayer [Oración]*. Ole consideraba que las palabras de Jesús en Apocalipsis

3:20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo…» son la llave que abre la puerta de la oración. Y, ¿cómo llama Cristo? A través de las condiciones y circunstancias de nuestra experiencia que nos llevan a Él en oración. Ahora que lo pienso, mis oraciones por el pequeño Natán eran una respuesta. Jesús había estado llamando a la puerta de mi vida por medio de las necesidades físicas de mi nieto.

DA PRIORIDAD A LA PERSPECTIVA DE DIOS

Estoy seguro de que te ha sucedido. Llamas a la casa que distribuye tu marca de auto y pides el taller de mecánica. Una voz alegre te dice: «¿Puede esperar un momento?» Segundos más tarde comienza a sonar una música de ascensor. De vez en cuando, una grabación te asegura que tu llamada será contestada. Esperas y esperas, imaginando que una conversación tonta acerca del partido de la noche anterior o de algún programa de televisión es lo que te mantiene en el limbo. Después de un rato, estás listo para colgar. ¡Te tomaría menos tiempo subir al auto e ir personalmente al lugar!

A veces parece que Dios nos ha dejado esperando en la línea. Puede que esté obrando grandes cosas en nuestras vidas, pero nuestra petición más acariciada y profunda no recibe respuesta. Sabemos que Él sigue ahí, pero sencillamente no contesta.

Ana, la del Antiguo Testamento, sabía lo que era sentirse rechazada por Dios (1 Samuel 1:1-18). Era una de las esposas de un hombre llamado Elcana. Penina, la otra esposa, le había dado hijos, pero Ana era estéril en una época en que la esterilidad se consideraba señal de la desaprobación de Dios. Para empeorar las cosas, Penina se deleitaba

cruelmente burlándose de la esterilidad de Ana siempre que la familia hacía el viaje anual a la casa de Dios a ofrecer sacrificios.

La angustia de Ana duró años a pesar de que era una mujer piadosa y fiel. Oró una y otra vez, y sin embargo, Dios no contestaba. En uno de los viajes a la casa de Dios lloró tan amargamente y estaba tan fuera de sí, que el sacerdote que presidía el servicio la acusó de estar ebria.

Sin embargo, ahí no termina la historia de Ana. En el tiempo de Dios, y justo en el momento adecuado, Dios le dio un hijo. Ana llegó a ser la madre de Samuel (vv.19,20), quien a su vez se convirtió en un sacerdote y profeta que cambiaría el curso de la historia.

En el tiempo de Dios, la sensación de rechazo espiritual de Ana cambió a gozo. En un abrumador canto de alabanza a Dios, Ana mostró que su anhelo más profundo no era un hijo, sino saber que Dios la aceptaba y la aprobaba (2:1-10). Con el tiempo, la amargura de Ana se convirtió en gozo. Su experiencia mostraría a toda generación posterior que lo que cuenta no es si Dios contesta o no nuestras oraciones en ese momento, sino si estamos esperando humildemente en Su sabiduría y en Su tiempo.

Cuando la experiencia de Ana se combina con el resto de las Escrituras, comenzamos a ver algunas de las muchas razones por las que debemos dar más valor, no a nuestras emociones, sino a la sabiduría de Dios.

Confianza en la perspectiva de Dios. Nuestra perspectiva es como mirar por un agujerito. No podemos ver el cuadro completo. Si pudiésemos, veríamos que lo que anhelamos puede no ser bueno para nosotros o para

los que amamos. ¡Cuántas veces he dado gracias a Dios por no haberme concedido todo lo que le pedí! ¡Cuánto mejor me hubiese ido si hubiese mezclado mis oraciones con el conocimiento de que es sólo cuando lleguemos al cielo que veremos el cuadro completo! Entonces «conoce[remos] como fui[mos] conocido[s]» (1 Corintios 13:12). P. T. Forsythe escribió: «Un día llegaremos a un cielo donde veremos agradecidos que las grandes negativas de Dios eran a veces las verdaderas respuestas a nuestras oraciones».

Confianza en la sabiduría de Dios. Dios conoce nuestra más profunda necesidad. Una madre soltera oró por dos mil dólares para aliviar su situación económica. Dios negó la petición como ella la presentó. En lugar de darle el dinero le proporcionó un empleo adecuado. Luego le dio una amiga que la ayudó a aprender a manejar sus finanzas. Con el tiempo pudo mirar atrás y ver que Dios sí contestó su oración, pero de una manera que reflejaba Su sabiduría. Lo mejor de todo fue que la confianza de ella en Dios aumentó.

Confianza en el tiempo de Dios. La casa se vende más tarde de lo que deseábamos o el bebé llega dos semanas antes de lo esperado. El tiempo de Dios siempre es el mejor debido a Su habilidad de ordenar las circunstancias de nuestras vidas.

Confianza en la bondad de Dios. Es posible que hayamos orado durante largo tiempo para que nuestro cónyuge nos trate con más respeto, pero eso no sucederá hasta que Dios nos lleve a dejar de desacreditar a nuestro esposo o esposa en público.

Es posible que la respuesta no llegue porque

rehusamos perdonar a alguien, o porque estamos controlados por una obsesión, o ardemos de ira de tal manera que nuestra santidad se ha corrompido. O pedimos «mal» para abandonarnos a algún deseo vil (Santiago 4:3). Necesitamos examinarnos, confesar y arrepentirnos antes de que nuestra oración sea contestada.

Oswald Chambers entendía que la espera es parte de la oración. Acerca del versículo que habla de «la necesidad de orar siempre y no desmayar» (Lucas 18:1), escribió:

> *Jesús enseñó a Sus discípulos la oración de la paciencia. Si estás bien con Dios y Dios retrasa la respuesta a tu oración, no le juzgues mal. No pienses de Él que es un amigo cruel, o un padre desnaturalizado, o un juez injusto, sino sigue orando. Tu oración será ciertamente contestada porque "todo el que pide recibe". Ora y no te rindas. Tu Padre celestial lo explicará todo un día. Aún no puede hacerlo porque está forjando tu carácter. "A la porra con el carácter —dices—. Quiero que conteste mi petición." Y Él contesta: "Lo que estoy haciendo sobrepasa por mucho lo que ahora ves o sabes. Confía en mí".*

El salmista Asaf aprendió a superar la desilusión al recordar la amplia perspectiva de Dios. En el Salmo 73 dijo:

> *Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón. En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no tienen congojas por su muerte, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros*

mortales, ni son azotados como los demás hombres […] Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas. Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría. Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores. Como sueño del que despierta, así Señor, cuando despertares, menospreciarás su apariencia. Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti. Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre (Salmo 73:1-5,13-26).

ESPERA DISFRUTANDO A DIOS

El salmista Asaf nos mostró que confiar en Dios es más que diferir a Su sabiduría. Otra manera de ganar confianza en la oración es aprender a disfrutar realmente a Dios mientras esperamos que supla nuestras necesidades. Nada de lo que esperamos se puede empezar a comparar con el privilegio de conocerlo. No hay nada más

importante para nosotros que Dios mismo.

Es verdad que hay veces en que nuestros problemas nos abruman o que la sensación de desilusión y aflicción nos destroza el corazón. Al igual que Ana, tendremos momentos en los que estaremos fuera de nosotros por los anhelos frustrados. No obstante, también habrá muchas otras ocasiones en las que podremos reír de gozo por lo que Dios ha hecho por nosotros.

Confianza en lo que sabes de Dios. Mientras aprendemos a esperar a Dios podemos comenzar a deleitarnos en lo que ya sabemos de Él. Podemos aceptar la invitación del salmista de entrar por Sus puertas con acción de gracias y por Sus atrios con alabanza y bendecir Su nombre (Salmo 100:4).

Dale gracias. ¡Dios ha hecho tanto por ti! Si alguien hubiese hecho una décima parte de lo que ha hecho Dios le expresarías tu gratitud profusamente. Hazlo con Él.

Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos, pues cercano está tu nombre… (Salmo 75:1).

Jesús dio gracias al Padre (Lucas 10:21). Las oraciones de Pablo estaban llenas de expresiones de gratitud (Efesios 5:20). Nosotros también deberíamos dar gracias al Señor con gozo.

Alábale. Alabamos a Dios por ser quien es y le damos gracias por lo que ha hecho por nosotros. La Biblia rebosa de expresiones de alabanza al Señor:

Alabad, siervos de Jehová, alabad el nombre de Jehová. Sea el nombre de Jehová bendito desde ahora y para siempre. Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone, sea alabado el nombre de Jehová (Salmo 113:1-3).

Otros pasajes de alabanza al Señor son Salmo 146:1,2,

Hebreos 13:15 y Apocalipsis 4:11. Eleva tu alabanza a Dios en oración. Expresa tu adoración en alabanza. «El es el objeto de tu alabanza» (Deuteronomio 10:21).

Confianza en lo que Dios ha prometido. Otra forma de disfrutar a Dios es regocijarse en las promesas que nos hace respecto a la oración. Pablo mencionó tres promesas en este clásico pasaje sobre la oración:

> *Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas nuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:6,7).*

La promesa de la paz de Dios. El antídoto para la ansiedad es la oración. El compromiso de Dios es darnos paz cuando echemos nuestras cargas sobre sus hombros. Muchos cristianos testifican que en la oscura noche del temor, llevaron sus cargas al Señor, Él les dio la paz y ellos pudieron conciliar el sueño (Salmo 4:8). Por tanto, podemos regocijarnos por saber que cuando llevemos nuestras inquietudes, cargas y ansiedades al Señor, Él nos dará la paz.

La promesa de la protección de Dios. Nuestra mente y corazón quedarán protegidos cuando oremos. Aquel que es nuestra fortaleza nos guarda cuando el enemigo ataca (Salmo 31:1-3). Por eso, podemos regocijarnos en la protección que sabemos Dios nos da.

La promesa de la presencia de Dios. Pablo lo expresó así: «Y el Dios de paz estará con vosotros» (Filipenses 4:9). En medio de nuestra tormenta, cuando pasamos por el valle, cuando más solos nos sentimos, la oración nos

recuerda la presencia de Dios. Podemos regocijarnos en Su promesa de estar con nosotros dondequiera que estemos.

CÓMO ORAR A TRAVÉS DE LA BIBLIA

Las Escrituras fueron escritas por personas que sintieron los mismos deseos y desalientos que enfrentamos nosotros. Ellos también desmayaron a veces debido a sus circunstancias. Sabían lo que era clamar a un Dios silente, llegar al final de sus fuerzas y sentir que sus emociones se descontrolaban. No obstante, las personas de la Biblia son importantes para nosotros porque vivieron lo suficiente como para recuperar su gozo y confianza en Dios.

Cuando luchamos con nuestros propios temores y decepciones, podemos renovar nuestras esperanzas si usamos Sus pensamientos para encaminar nuestros propios corazones y oraciones. El Salmo 42 es un buen ejemplo. Con el alma sedienta y abatida, el autor clamó al Señor y expresó las honestas emociones de su corazón hasta que descubrió de nuevo las verdades que había olvidado.

Primero citaremos un versículo y luego mostraremos cómo podrías orar en base de lo que dice el versículo:

«Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?» (Salmo 42:1,2).

Señor, esas palabras expresan lo vacío que me siento. Me siento tan seco, agotado y débil de tanto correr. Ya no tengo fuerzas. No sé cuánto más pueda

soportar. Si no me ayudas no llegaré hasta el final.

Sé que un día compareceré delante de Ti, pero anhelo escucharte ahora. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que haga?

«Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?» (v.3).

Padre, me pregunto dónde estás y por qué no me ayudas. He confiado tan abiertamente en Ti en el pasado. Sin embargo, ahora me siento avergonzado delante de aquellos que me han escuchado hablar acerca de lo fiel y confiable que eres.

«…yo fui con la multitud… entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta» (v.4).

¡Las cosas eran tan distintas!, Señor. Solía disfrutar de ti en la presencia de Tu pueblo. Nos reíamos y orábamos juntos. Sin embargo, ahora me siento solo. ¡Aquellos tiempos de gozo parecen tan lejanos!

«¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle…» (v.5).

Sí Padre, sé que no todo es como parece. Al escuchar mi propia queja sé, en lo más profundo de mi ser, que todavía puedo confiar en Ti. Sé que lo correcto es no darte la espalda. Como el salmista, hasta creo que en Tu sabiduría, y en el momento preciso, me ayudarás. Sé que volveré a reír, sé que llegará el día en que Te alabaré. Oh, Señor, ¡cuánto anhelo ese día!

«Pero de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará conmigo, y mi oración al Dios de mi vida» (v.8).

Creo que llegará el día en que de nuevo me dejarás experimentar Tu misericordia. Creo que una vez más me darás cánticos en la noche.

«Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo

enlutado por la opresión del enemigo?» (v.9).

No obstante, Padre, aunque sé que me ayudarás, mis temores siguen regresando como regresan las olas. A pesar de mi fe en Ti, a pesar de que sé que eres mi roca y mi refugio, sigo sintiéndome olvidado y solo. ¿Por qué tienes que permitir que yo, Tu hijo, pase mi tiempo enlutado en lugar de alabándote?

«¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío» (v.11).

Sí, Te alabaré, Señor. Tú eres mi única esperanza. Te alabo por Tu bondad. Perdóname por dudar de Ti. Te esperaré. ¡Esperaré que restaures mi gozo!

Pasajes bíblicos para orar cuando:

- Estés en peligro: Salmo 91
- Estés deprimido: Salmo 34, 139
- Estés preocupado: Filipenses 4
- Enfrentes una crisis: Salmo 121
- Estés desalentado: Salmo 23, 42; Isaías 40
- Te sientas tentado: Salmo 1; 1 Corintios 10
- Te sientas solo: Salmo 27
- Necesites valor: Josué 1
- Busques perdón: Salmo 32, 51
- Tengas dudas: Hebreos 11
- Necesites serenidad: Romanos 8; 1 Juan 5
- Estés agradecido: Salmo 136
- Estés gozoso: Salmo 100

TU PRÓXIMA ORACIÓN

Tu próxima oración podría cambiar tu vida. Vuelve a la página 2. ¿Cómo llenaste el espacio en blanco? ¿Algunas de las desilusiones de la página 3 te afectan a ti?

Es momento de actuar. Pídele a Dios que te ayude a tomar la decisión de quitar esas piedras del camino, superar esos obstáculos, y comenzar a orar como te gustaría hacerlo. Los puritanos decían: «Ora hasta que ores». Sigue orando. Pronto orarás con una confianza renovada.

Por otro lado, podría ser que necesites empezar con el paso más básico de todos. Tal vez al leer este librito has sentido que no estás seguro de tener una relación personal con Dios. Sabes que eres pecador (Romanos 3:23), pero también necesitas saber esto:

- No te puedes salvar a ti mismo (Efesios 2:8,9).
- Jesús, el Hijo de Dios impecable, vivió la vida perfecta que nosotros nunca podríamos vivir (1 Pedro 2:22).
- Jesús murió en la cruz para pagar la pena por todos nuestros pecados (1 Corintios 15:3,4).
- La resurrección de Cristo es una prueba de que Su sacrificio fue aceptable a Dios (Apocalipsis 1:4-6).
- Recibimos al Señor como Salvador por fe (Juan 3:16).

Pídele a Dios que te salve de la pena que mereces por tus propios pecados. Confía en Él para que te rescate. Descubrirás que esta petición será la oración más importante que puedas hacer jamás. Es esta oración de salvación la que proporciona un cimiento inconmovible para todas las demás oraciones que ofrecerás a Dios.